

DISCURSO
Contestación del Académico
Dr. Alfredo Morles Hernández

Señoras y señores

Los individuos de número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, representados por la Junta Directiva dignamente presidida por la Dra. Tatiana de Maekelt, me han encargado la honrosa tarea de dar contestación al discurso del nuevo académico Luis Ugalde. Agradezco este gesto de cortesía que me da la oportunidad de referirme a Efraín Schacht Aristeguieta, su digno antecesor en el sillón académico (1.); al propio académico que se incorpora, como es natural (2.); y al tema que ha escogido como disertación de ingreso a este augusto recinto del pensamiento (3.), para, finalmente, darle la bienvenida (4.).

1. Recuerdo de Efraín Schacht Aristeguieta

En un libro que está a punto de publicar la Universidad Central de Venezuela en homenaje a uno de sus profesores fallecidos, el decano Boris Bunimov Parra, quien fuera también ilustre miembro de esta Academia, he observado que “cuando se acercaba el final de la primera mitad del siglo XX, específicamente en 1946, la Universidad Central de Venezuela decidió establecer, por iniciativa de Mariano Picón-Salas, la Facultad de Filosofía y Letras”. En el memorable discurso de instalación que éste pronunciara como Decano, desde esta misma tribuna, se refirió a la necesidad de hacer un sitio en los estudios universitarios para el pensamiento puro, para las Humanidades Clásicas, para aquellos altos goces del espíritu que no pueden expresarse en las estadísticas de la producción o en los índices financieros. Acababa de concluir la Segunda Guerra Mundial y era necesario, decía Picón-Salas, superar el *pragmatismo esterilizador de otras formas más altas de existencia que acaso explique porqué hay en este mundo de nuestros días tanto residuo de angustia, tanta nostalgia de felicidad y de auténtico equilibrio humano*. El problema de la formación del hombre se miraba, agregaba Picón-Salas, *con el lente del más angosto positivismo, de un positivismo marchito en todas partes, pero que en Venezuela podía aún esgrimirse como viviente novedad*. A la educación fragmentaria, concluía Picón-Salas, había que oponerle la educación integradora: *no se trata de procesos aislados o sucesivos, sino paralelos y simultáneos*. El discurso de Mariano Picón-Salas tuvo una enorme repercusión en toda la Universidad Central, sobre todo en su Facultad de Derecho, en donde entonces se concentraban todos aquéllos que tenían inquietudes humanísticas difíciles de encauzar en las otras carreras que ofrecía la Universidad (Medicina, Ingeniería, Odontología o Farmacia) y en donde una juventud estudiosa y crítica abogaba por cambios y actualización en el enfoque de los estudios de derecho. La cálida recepción de su propuesta contrastaba con la polémica que el propio Picón-Salas habían desatado en 1936 con su tesis de la escuela unificada, acontecimiento muy equilibradamente examinado por Rafael Fernández Heres años más tarde en el Boletín 334 de la Academia Nacional de la Historia.

El traslado, en 1951, de la Universidad Central de Venezuela desde esta sede ubicada en el antiguo edificio colonial de los franciscanos, en el centro de la ciudad de Caracas, hasta las instalaciones todavía en construcción de la Ciudad Universitaria –magnífica obra arquitectónica hoy

patrimonio cultural de la humanidad— marca un hito en el desarrollo de la universidad como institución. La mudanza hasta un hermoso campus y la asignación de mayores recursos presupuestarios, coinciden con un movimiento progresivo de renovación de los planes de estudio, de fundación de centros de investigación, de creación de nuevas facultades y escuelas, de publicación de libros y revistas, de establecimiento de cursos de postgrado, de programas de intercambio con universidades del extranjero, de invitaciones a docentes e investigadores de otras latitudes y de viajes de los profesores universitarios para realizar investigaciones o disfrutar del año sabático. Se suceden, unos a otros, acontecimientos que redundan en la mejoría de la calidad de los estudios y en la relevancia de los trabajos de investigación, aún en medio de situaciones de crisis políticas. La Universidad Central se transforma en un moderno centro de docencia e investigación, a la par de otras universidades del continente.

En las décadas que transcurren a partir de 1951, se concentra en la Facultad de Derecho, luego Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, de la Universidad Central de Venezuela, una pléyade de profesores del más alto nivel. Especialmente cultos, autodidactas en las tareas de investigación y docencia de los nuevos institutos creados, advertidos de los cambios, de las inquietudes y de los adelantos del mundo, con nuevos recursos didácticos; asumen la tarea de la formación de los juristas del país, participan en congresos internacionales, elaboran proyectos de leyes, se comprometen en la función pública, asumen la judicatura y conducen las relaciones exteriores de la República. Gran parte de esos profesores llega a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, desde donde siguen ejerciendo su magisterio. Ocupan un lugar especial en las tareas de edificación de la nueva educación universitaria un conjunto de profesores extranjeros que dejará una profunda huella: Manuel García Pelayo, Roberto Goldschmidt, Antonio Moles Caubet, Joaquín Sánchez Covisa.

El esplendor de los estudios de Derecho que se produce en la Universidad Central de Venezuela a partir de 1951 no es un hecho aislado; al contrario, es un fenómeno de toda la Universidad, en sus diversas facultades, centros e institutos. Es una historia que envuelve a filósofos, a científicos y a humanistas por igual, en toda la diversidad de escenarios de los centros de creación y difusión de la cultura y de la ciencia que giran en torno al eje en que se convierte la Universidad Central de Venezuela.

Efraín Schacht Aristeguieta pertenece a esa generación que se puede llamar la primera generación de profesores de la Ciudad Universitaria de Caracas, algunos todavía vivos y activos y muchos de ellos en sillones de esta Academia. Los nombro en el orden de los sillones que ocupan: Rafael Caldera, Arístides Rengel Romberg, José Muci-Abraham, Tatiana de Maekelt, José Mélich Orsini, Francisco López Herrera, Tomás Enrique Carrillo-Batalla, Gonzalo Pérez Luciani, Enrique Tejera París, René De Sola, Ramón Escovar Salom, José Andrés Octavio, Gonzalo Parra Aranguren, Emilio Pittier Sucre y Gustavo Planchart Manrique. La Academia reconoce en Efraín Schacht Aristeguieta a uno de los integrantes de esa generación; rememora a un intelectual que le prestó brillo y prestigio a las instituciones a las cuales sirvió; recuerda a un diplomático esmerado que dirigió el servicio exterior de la República con discreción y elegancia; y evoca su figura como modelo de ciudadano.

2. Perfil de Luis Ugalde

Excepcionalmente la Academia escoge a no profesionales de las ciencias jurídicas para integrar el elenco de sus individuos de número. Por esa razón la Academia ha sido calificada, no sin cierta razón, como una Academia de Jurisprudencia. Las excepciones a esta regla no escrita han

estado constituidas por los casos de Don Rafael Martínez Mendoza, de Monseñor Nicolás Eugenio Navarro, del Profesor Augusto Mijares y del Dr. Pascual Venegas Filardo. Igual cosa ha ocurrido con quienes han sido distinguidos como miembros correspondientes nacionales, cualidad que le fue conferida al Pbro. Carlos Sánchez Espejo, por el estado Táchira, y a su Eminencia el Cardenal Rosalio Castillo Lara, por el estado Aragua. Sin embargo, a pesar de no tener la cualidad de abogados, los méritos excepcionales de estos personajes guardan relación con las Ciencias Políticas y Sociales, incluyendo en ellas las jurídicas; y, en todo caso, su condición de sabios sobrepasaba las exigencias que los estatutos imponen como una de las alternativas para ser admitido por la Corporación.

Don Rafael Martínez Mendoza dedicó su vida a investigar situaciones y a divulgar conocimientos relacionados con la Economía Política y con la Hacienda Pública, como lo pusieron de relieve los académicos Gustavo Manrique Pacanins y Alejandro Urbaneja-Achelpohl, habiéndose hecho acreedor del Premio Aranda con un notable estudio sobre el sistema tributario; *Nicolás Eugenio Navarro*, historiador, humanista y mitrado, tenía el grado de Doctor en Ciencias Eclesiales y ya antes había cursado Derecho Romano, Derecho Español, Derecho Canónico y Teología Dogmática para obtener el título de Bachiller; ejerció el rectorado del Seminario de Caracas, fue Secretario de conferencias episcopales, Director del Diario *La Religión*, Deán del Capítulo Metropolitano de Caracas, Protonotario Apostólico, Obispo de Usula, Arzobispo de Cárpathos, Conde Romano, Asistente al Sacro Solio Pontificio, académico de la lengua y de la historia. Le dedicó su vida a la revisión escrupulosa de los anales eclesiásticos y a la investigación histórica, sobre la cual tuvo una actitud de principios, honesta: al escribir historia, decía, “no se debe fantasear al arbitrio de teorías para las cuales los hechos sólo tienen un valor muy relativo”; “la voz formidable de los hechos no puede ser sustituida por ninguna teoría”; “la historia no es, como se ha dicho, una gran conspiración contra la verdad”. Entre sus obras más importantes está la edición acrisolada del *Diario de Bucaramanga* de Perú de Lacroix y los *Anales Eclesiásticos de Venezuela*; *Augusto Mijares* es un modelo del pensamiento venezolano, “un defensor de la moral en nombre del buen gusto”, “un maestro en esencia y en presencia” con una actitud optimista, que combate la interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana. Para él, (i) hay en la esencia de América una tradición civil, de respeto mutuo, de convivencia organizada, de cumplimiento de la Ley que ya era vieja para el momento de su independencia y, que es más, produjo esa independencia; (ii) es necesario hacer triunfar esa tradición civil por sobre el fenómeno accidental y negativo del caudillismo, que no se origina en la naturaleza misma de la sociedad sino es una enfermedad temporal de la misma. “Toda la obra de Mijares [diría Tomás Polanco] está consagrada a demostrar la existencia de esa *tradición civil*, de ese *ideal republicano*, de esa *convivencia pacífica y constructiva*, de esos *ideales colectivos*, de ese *respeto a la Ley*, de ese *equilibrio social orgánico*” y a buscar la forma de arraigarlos en la sociedad y combatir las situaciones patológicas que originaban y protegían la aparición y mantenimiento ocasional del caudillismo”; *Pascual Venegas Filardo* era Doctor en Ciencias Económicas y Sociales, historiador, geógrafo, poeta, periodista y docente de larga trayectoria en varias escuelas de las Universidades Central de Venezuela y Católica Andrés Bello. Perteneció a numerosas sociedades científicas y culturales del país y del exterior, fue Presidente de la Asociación de Escritores de Venezuela, autor de numerosos artículos, monografías y libros y conferencista invitado en instituciones universitarias del país y del extranjero. Durante décadas mantuvo una columna de reseña bibliográfica y crítica de obras científicas y humanísticas en el diario *El Universal* y publicó hasta su muerte una revista de poesía. Fue por varios años miembro de la Junta Directiva y ejerció la Presidencia de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales; *Carlos Sánchez Espejo* fue un sacerdote culto que dominaba el Derecho Eclesiástico y el Derecho Canónico y mantuvo una recia conducta cívica en los días de la asamblea constituyente de

1947 y del Decreto 321; el *Cardenal Rosalio Castillo Lara*, uno de los más insignes pastores de la Iglesia Católica venezolana, aceptó el ofrecimiento que le hice de postularlo como candidato a individuo de número de esta Academia porque en su condición de redactor del Código de Derecho Canónico poseía credenciales que excedían los requisitos reglamentarios. Lamentablemente, razones de salud lo obligarían luego a revocar la aceptación que ya había dado a su transformación de miembro correspondiente en individuo de número.

Ahora llega a esta Academia otro no profesional de las ciencias jurídicas, licenciado en Filosofía y Letras, licenciado en Teología, licenciado en Sociología, especialista en Historia Económica y Social de Venezuela, magister scientiarum y doctor en Historia, alguien que ha estudiado las Ciencias Jurídicas desde la perspectiva que proporcionan las disciplinas que él cultiva, entre ellas la Filosofía del Derecho, a cuyo efecto ha examinado el iusnaturalismo, el positivismo y el realismo jurídico; es decir, ha visto el Derecho desde diversos ángulos. Luis Ugalde pertenece a la Compañía de Jesús, a la cual ha servido desde altos cargos, tales como el de Coordinador de la Planificación de la Compañía de Jesús en Venezuela (1970-73), Superior Provincial de la Compañía de Jesús en Venezuela (1979-1985), Vice-Canciller de la Universidad Católica Andrés Bello (1979-1985), Presidente de la Conferencia de Provinciales de la Compañía de Jesús de América Latina Septentrional (1982-1985), Presidente de la Confederación de Religiosos de Venezuela (1982-1986), Presidente de la Confederación de Religiosos de América Latina (CLAR) (1985-1988), Presidente de la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL) (1999-2001) y Rector de la Universidad Católica Andrés Bello desde 1990 hasta el presente.

Luis Ugalde ha sido Profesor de Teorías Políticas Contemporáneas, Cambio Social en Venezuela, Urbanismo y Marginalidad, Iglesia y Política en América Latina, Teología Fundamental, Historia Contemporánea de la Iglesia, Historia Económica y Social de Venezuela, Historia Económica y Social de América Latina; y es autor de numerosos libros, monografías y artículos. Es Rector de la Universidad Católica Andrés Bello, una universidad de inspiración cristiana que se obliga a sí misma, estatutariamente, a realizar una función rectora en la educación, la cultura y la ciencia y que se empeña en desarrollar una educación que permita a todos los estudiantes, independientemente de los recursos económicos familiares, acceder a los más altos niveles de cultura y ascender en la escala social al puesto que les corresponde por sus cualidades y por su esfuerzo. Una Universidad que enseña a subordinar las realidades económicas y sociales a valores superiores que le den sentido a la vida, proclamando que, si bien la naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona con la sabiduría, ésta debe orientar al hombre a la búsqueda de la verdad y del bien. Una Universidad que proclama, como sus hermanas del continente americano, que la Educación no es una cuestión meramente intelectual, sino formación de la voluntad y de los afectos ordenados hacia un crecimiento que combina la transformación del mundo con el desarrollo personal responsable.

Luis Ugalde es miembro de la orden jesuita, la misma que ha estado detrás de algunas utopías sociales, como aquella que describe así Mariano Picón-Salas:

Cuando en 1606 los jesuitas establecen en el río Paraguay la primera de sus grandes misiones y cercan praderas para el ganado comunal, levantan talleres y rudimentarias escuelas de oficios y aproximan a los indios errantes a la vida laboriosa y tranquila de la reducción, renace la utopía de Vasco de Quiroga. Entre sus bosques de ceibos y naranjales, a la orilla de los grandes ríos, con los altares y techumbres de sus iglesias de caoba americana, el Paraguay será durante siglo y medio (1606-1767) ese soñado país de utopía, el que ha abolido la guerra y las discordias económicas; el que en el sueño de Luciano, recordado alguna vez por Vasco de Quiroga, ha

vuelto a la edad dorada, a los que se suponían más quietos días del mundo.

El Vasco de Quiroga a quien menciona Picón-Salas es el Oidor de la Audiencia de México, exaltado a obispo de Michoacán, quien tenía a su alcance un ejemplar de la *Utopía* de Tomás Moro (edición de Frobenus, Basilea, 1518), con notas manuscritas de su auxiliar y confidente, el Obispo Zumárraga. Vasco de Quiroga es el iniciador, en México, de la primera gran utopía del Nuevo Mundo, la creación de un orden humano que se acercara a la armonía divina. Dice Picón-Salas sobre esta experiencia:

Hasta hoy ha subsistido en las soleadas tierras de Michoacán (en los días de la conquista asiento de indios bravos que pacificó Quiroga) el recuerdo de aquel gran experimento multiplicado en granjas de trabajo común, en hospitales y asilos, en almacenes y despensas colectivas, en horarios de labor alternados con ejercicio y recreaciones, en pequeñas industrias caseras.

Esa orden jesuita cultivadora de la utopía social es la misma que construye el *enciclopedismo de raíz religiosa*, un movimiento humanista “de alta solvencia intelectual, testimonio de un pensamiento que se acerca bastante al reformismo social de la Enciclopedia aunque no ha perdido su hilo conductor religioso”, elemento que influye tanto en el proceso de independencia como el factor insurreccional incorporado por la cultura europea llegada clandestinamente. Dice Picón-Salas que uno de los puentes que enlazan la época barroca con la prerrevolución que se advierte en el siglo XVIII

es el humanismo de los jesuitas. Varias circunstancias contribuyeron a fijar la preeminencia de la Compañía de Jesús sobre todas las congregaciones religiosas establecidas en Indias. Constituían los jesuitas en el 1700 el mayor organismo cultural y uno de los más altos poderes económicos y políticos de todo el orbe colonial. El internacionalismo de la Compañía permitía traer a sus colegios americanos una serie de sacerdotes extranjeros notables, quienes, como el Padre Kino en el siglo XVII, fueron exploradores geográficos y hombres de dilatada acción, o como aquellos húngaros, polacos y alemanes que trabajaron esforzadamente en las misiones del Paraguay. Es claro que la presencia de estos sacerdotes extranjeros aportó una nueva corriente de cultura, un espíritu diverso del tradicionalismo español a las empresas de la Compañía.

Más adelante, Picón-Salas resalta:

A la insustituible jerarquía intelectual que imponen los jesuitas en el siglo XVIII se agrega su fuerza económica y formidable poderío social...Y acaso ese arraigo tan definitivo en el medio americano, el carácter de solidísima fundación que tuvo la empresa jesuítica, explica por qué muchos padres de la Compañía han mirado con beneplácito la idea autonomista y la escisión de España, de que ya comienza a hablarse subrepticamente en el siglo XVIII.

Esa obra cultural se prolonga en las ideas de reformismo social y en las teorías de progreso que identifican la obra de los jesuitas expulsos de América, una literatura de emigración que pondera admirablemente Mariano Picón-Salas en su libro *De la Conquista a la Independencia* y que recuerda el jesuita José del Rey en su libro *Entre el deseo y la esperanza*.

Luis Ugalde se siente orgulloso de la tradición de su orden, lo cual no le impide ser un jesuita de hoy, los mismos a los cuales se demanda más arrojo en la acción evangelizadora y los mismos que aceptan la noción de progreso con justicia. Ello explica su presencia en las jornadas cívicas del país democrático en los últimos diez años, todo lo cual ha hecho de él un personaje de referencia de la vida académica nacional, de la pastoral social y de la reflexión política. Luis Ugalde es un cura que

dice misa y que, además, dice cosas que la gente escucha y comenta; y escribe ensayos que la gente lee y medita. De la Universidad que él dirige con acierto han salido algunos de los más destacados dirigentes estudiantiles que a lo largo de 2007 galvanizaron al país y contribuyeron decisivamente a derrotar el intento de instalar constitucionalmente el totalitarismo el 2 de diciembre de ese año. A esa misma Universidad pertenecen grupos de profesores prestigiosos que han dado batallas contra la arbitrariedad y el atropello y han defendido la libertad y la democracia con manifiestos, marchas y proclamas. Pocas veces la Universidad Católica Andrés Bello había sido un centro tan activo de cuestionamiento, reflexión y pensamiento crítico vertido hacia el exterior como lo ha sido en estos últimos diez años. A Ugalde le ha tocado encauzar la inquietud de su claustro, con su experiencia de pastor y educador, con su sabiduría de filósofo, con su ponderación de sociólogo, pero también con su militancia en la teología humanista. No es un militante político, pero sí es un “militante de la democracia y de la justicia social”, como él ha dicho de sí mismo.

Luis Ugalde es un hombre equilibrado que cree en la existencia de una nueva creatividad cristiana y teológica. Si bien es un hombre de fe, rechaza la fe fundamentalista que renuncia a todo matiz y rechaza todo análisis racional. La opción de Ugalde es la de la identidad cristiana fundamental con los pobres, la opción de un teólogo y científico social que expresa, modestamente: “los teólogos y los científicos sociales necesitamos mucha claridad en la relación entre Teología y Ciencias Sociales”.

El primer aporte de las Ciencias Sociales es ayudar a precisar el tono mismo de la afirmación teológica y reducir un poco las pretensiones, no pocas veces presentes, de divinizar, haciéndolo inmutable, el modesto producto de la reflexión humana. La Teología no es el reino del pensar y del saber incontaminados de pasión, de ideología, de prejuicio, de intereses creados, de autolegitimación, de intereses de clase, etc. Ella, tanto o más que otras formas de saber y de pensar, necesita de la autosospecha permanente con respecto a estas posibles influencias y la necesaria escucha de críticas provenientes de fuera, sea de las diversas ciencias y formas de saber, sea sobre todo de la vida cotidiana del hombre y sus grandes problemas, de la praxis cristiana capaz de detectar y rebelarse contra las desviaciones anticristianas de la Teología. Una fácil divinización de las conclusiones teológicas las dota de una seguridad e intolerancia que no les corresponde.

Pero, “la divinización de la Ciencia no es menos problemática que la divinización de la Teología”, advierte Ugalde, un hombre de discernimiento, virtud que practica y recomienda para no caer en las trampas de la economía o de la política y liberar a éstas de su propia tentación absolutista.

Luis Ugalde es un teólogo post conciliar que está en cuenta de las deliberaciones y conclusiones del Concilio Vaticano II sobre los fundamentos de la Teología, de las relaciones entre fe y filosofía, entre fe y ciencia, entre fe y política; y no es difícil percibir en sus escritos la orientación antropocéntrica que Karl Rahner le imprimió al Concilio Vaticano II, así como también la actitud de permanente renovación de la Teología y de derribamiento de las murallas entre la Iglesia y el mundo, predicadas por Hans Urs von Baltasar.

3. Valoración del discurso del nuevo académico

El erudito discurso del nuevo académico –producto natural de su formación profesional y de su cultura– se conecta con su experiencia alemana de estudiante de 1968 a 1970 en un ambiente crítico que asume varias direcciones: las protestas estudiantiles del Mayo Francés de 1968,

reveladoras de una profunda insatisfacción social y humana; la certeza, cada vez más difundida, del enorme fracaso de la utopía socialista, de su conversión en un totalitarismo despiadado y el aplastamiento de la idea de la “Primavera de Praga” de construir un socialismo con rostro humano, que enciende en Venezuela una luz por mano de Teodoro Petkoff con su libro *Checoeslovaquia, el socialismo como problema*; las insuficiencias de las filosofías pesimistas, en boga entonces, principalmente existencialistas, para sosegar los espíritus, puesto que el hombre era “un ser arrojado al mundo”; la controversia entre Adorno y Popper sobre la lógica de las ciencias sociales, continuada por Habermas y Albert; los intentos de conciliación entre marxismo y cristianismo en las obras de Garaudy y de Althusser; la elaboración de los eurocomunismos; el Concilio Vaticano II y la renovación de los estudios teológicos cristianos, renovación que alcanza en la vertiente protestante de la teología de la esperanza y en la vertiente católica de la teología de la liberación, cúspides de reflexión dirigidas a hacer de la religión un medio de armonía entre individuo y sociedad, entre lo humano y lo divino, lo individual y lo universal; en fin, una década de altísima tensión internacional presidida por la guerra fría, por la guerra de Vietnam, por la revolución cultural China, por el asesinato de John Kennedy, Martin Luther King y Robert Kennedy; una época de avances científicos y de obras del pensamiento contenidas en ensayos, en discursos y en encíclicas. Todo ello vivido en Alemania, en el centro del drama alemán de la segunda posguerra mundial, la Alemania culta que comenzaba a conocer la tragedia personal de Karl Barth (partidario de Hitler al comienzo); la transformación de Paul Tillich (quien renuncia a la tesis de la muerte de Dios en el campo de batalla y enuncia el principio de correlación: entre el hombre, ontológicamente miserable y psicológicamente desesperado que pide y Dios que da, existe una correlación y no el abismo que suponía Barth); y la posición de Dietrich Bonhoeffer (quien postula que el único modo de ser honrados es el de vivir como si Dios no existiese –*etsi Deus non daretur*–: “Dios mismo nos enseña que nuestra vida de hombres debe proseguir como si él no existiese”, elevando el protagonismo y la responsabilidad del hombre a su más alto nivel; la Alemania que no se detenía a descansar en el trabajo, insultante para algunos, de construcción de un milagro económico; la Alemania que no dejaba de pensar.

Este tiempo de la segunda posguerra, vivida parcialmente en Alemania por Luis Ugalde, sería descrito por Arturo Uslar Pietri como época de

la gran sacudida moral, política y espiritual que provoca la más grande crisis de valores con que se haya enfrentado la civilización occidental, cuando las fronteras del arte y de la experiencia se borran, cuando las mismas verdades científicas sobre las cuales se había asentado el pensamiento universal son puestas en duda y relevadas, y cuando la posibilidad misma de la sobrevivencia de la especie humana se pone en riesgo en este nuevo y más vasto tiempo oscuro que llamamos la guerra fría.

En la Alemania de esta época estudia Filosofía, Teología y Sociología Luis Ugalde, y en su espíritu quedan las huellas de las obras que entonces se publican y se discuten en las aulas y en las calles.

La utopía, una y otra vez, aparece en todo el espectro del pensamiento de la época, en la Filosofía, en la Teología, en la Sociología, en la política, porque el desencantado hombre de la segunda posguerra no puede admitir que el mundo real sea tan imperfecto y tan peligroso y que no haya alternativa –ideológica y humana– al aniquilamiento nuclear. Por ello la teología de la esperanza y las nuevas orientaciones de las Ciencias Sociales marcan con huella indeleble a Luis Ugalde, teólogo y científico social. Por ello mismo escribiría más tarde *La Teología del Espíritu en Paul Tillich* (1970), *El sentido de la Historia según Paul Tillich* (1970) y *La racionalización irracional de la sociedad postindustrial según Jürgen Habermas*. (1973). En este último trabajo, Ugalde,

partiendo de la constatación divulgada por Marcuse y por Habermas, de que en los países industrializados la organización de la producción, de los servicios y de las formas externas de la vida social son altamente racionales y eficaces y, sin embargo, la vida de las personas es irracional e inhumana, por lo cual se habla de la racionalidad irracional, examina las diferencias entre las tesis de ambos científicos sociales y no deja de observar las apreciaciones que provienen de los románticos que piensan que un día el trabajo va a ser sólo un juego, una diversión, una expresión espontánea de la persona y, la hipótesis de Habermas, más cercana a lo posible, de que el trabajo conservará su racionalidad instrumental y que la tecnología, sin más, no asegura la liberación humana. Ugalde concluye en este trabajo exponiendo que sólo el futuro dirá si el hombre de hoy ha sido capaz de afirmar su propia libertad frente a la mercancía, producto de su ingenio. Es evidente, además, por sus escritos, que Ugalde ha reflexionado sobre la afirmación de Jürgen Moltmann de que la Teología cristiana tiene un único problema verdadero, que le impone su objeto mismo y que, a través suyo, se plantea a la humanidad y al pensamiento humano: el problema del futuro. Luego de enunciar los postulados de la teología de la esperanza, Moltman afirma:

Todas estas reflexiones sobre la esperanza no significan otra cosa que lo siguiente: *aquel que posee esta esperanza jamás podrá adaptarse a las leyes y a las inevitables fatalidades de esta tierra*. Sin ninguna duda en la vida cristiana la prioridad corresponde a la fe, pero la primacía la tiene la esperanza. Sin la esperanza, no obstante, la fe decae, se entibia y acaba por morir. Gracias a la fe, el hombre halla el sendero de la auténtica vida, pero sólo la esperanza le mantiene en él.

Ahondando todavía más en la función de los conceptos teológicos, los cuales no son juicios destinados a congelar la realidad sino a anticipar el futuro, Moltmann afirma que el cristianismo es una espera de la verdadera sociedad que Dios prometió y, por lo tanto, el cristiano es alguien que debe vivir, más que ningún otro, en una espera creativa y rechazar toda realidad humana que pretenda imponerse como absoluta: “Aquéllos que esperan en Cristo no pueden soportar la realidad tal como es, sino que sufren al verse sometidos a ella y se esfuerzan por oponerse a ella. La paz con Dios equivale al conflicto con el mundo”. No en balde, se ha afirmado que la teología de la esperanza, a través de una combinación entre la Teología y el análisis científico de una situación particular, desemboca en propuestas positivas de proyectos sociales y políticos, responsables y concretos. En correspondencia con esta reflexión, desde el Concilio Vaticano II, se declara que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones futuras razones para vivir y razones para esperar (Gaudium et spes 31) y también se habla del renacimiento de las utopías,

las cuales pretenden resolver el problema político de las sociedades modernas mejor que las ideologías. Sería peligroso no reconocerlo. La apelación a la utopía es con frecuencia un cómodo pretexto para quien desea regir las tareas concretas refugiándose en un mundo imaginario. Vivir en un futuro hipotético es una coartada fácil para deponer responsabilidades inmediatas.(Octogesima adveniens 37).

Luis Ugalde se ha empeñado en resaltar la ambigüedad de la esperanza y declara que ha tratado de contribuir a que la esperanza cristiana sea una fuerza capaz de transformar, pero que “los cristianos tenemos que estar claros para no vaciar nuestra esperanza trascendente en modelos socioeconómicos y reinos políticos de ilusa plenitud intrahistórica, para cuya imposible consecución se justifican todos los horrores”.

Desde esta tribuna que ostenta con orgullo la imagen de Santo Tomás de Aquino, el mismo que en palabras de León XIII “distinguió, como conveniente, entre razón y fe; ...[y] vinculando amistosamente la una con la otra, conservó íntegros los derechos e intacta la dignidad de ambas”; el mismo que afirmó “no te fijas en quien lo dice, sino en que es lo que dice”, regla que usted ha practicado al servirse de las reflexiones de cristianos y de no cristianos, en nombre de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales le doy la bienvenida. Le doy la bienvenida y le agradezco que usted nos haya repetido –con erudición y elegancia– la advertencia de Paul Claudel, quien decía que quien ofrezca a los demás un paraíso en la tierra, en realidad lo que les está preparando es un infierno muy respetable; y que nos haya mostrado, a través de su conducta, que me atrevo a decir es la conducta de la orden jesuita en Venezuela, es la conducta de la Universidad Católica Andrés Bello, es la conducta de la Iglesia Católica y de la sociedad democrática venezolana, que es cierto lo que decía Jacques Maritain, que a la larga, el mal es incapaz de tener éxito. Lo estamos viendo con nuestros propios ojos.